

¿MARÍA DE NAZARET O LA VIRGEN?

MARÍA LÓPEZ VIGIL

Managua, Nicaragua

No hay mujer más famosa en el mundo que la madre de Jesús. Al escuchar ese nombre (María, Miriam, Maryam, Mary, Marija, Marie, Miren...) responden millones de niñas y mujeres en todo el mundo.

Bendita entre las mujeres y tocaya de tantas mujeres, qué poco sabemos de esta niña campesina y judía, criada en Nazaret, que no sabía leer, pero sí contar las cabras que pastoreaba en los cerros de su caserío... Seguramente, muy jovencita fue dada en matrimonio por su padre. No sabemos cuántos años tenía cuando dio a luz a Jesús. Sí sabemos que lo amantó, lo lavó y vistió, lo cuidó...

En los evangelios encontramos sólo breves datos que nos permiten imaginar su relación con su hijo, ya profeta. Dejan constancia que le costó entender lo que Jesús anunciaba cuando hablaba del Reino de Dios. Hasta loco lo creyó (Lc 8,19-21). Sin contarnos cómo llegó a comprenderlo, nos dicen que después lo acompañaba por los caminos con otras mujeres y que estuvo presente cuando lo torturaron en la cruz. La última vez que la «vemos» es reunida en Jerusalén con los seguidores de Jesús, cincuenta días después de aquella jornada amarga, cuando ella, con otras mujeres y con ellos, decidieron anunciar que Jesús seguía vivo. Empezaba así el movimiento de Jesús.

Hay también en los evangelios otros relatos simbólicos sobre ella: el ángel que le anuncia su embarazo, la visita a su prima y el canto que entonó ese día, su angustia por el hijo perdido a los doce años...

A pesar de todo, lo que más «sabemos» de ella son creencias que han transformado a María de Nazaret en «la Virgen». Hasta su nombre desaparece a menudo cuando la nombran, centrando toda su identidad en eso: en la virginidad.

La Iglesia católica proclama cuatro «dogmas de fe» sobre ella, en un culto en ascenso con el correr de los siglos. Según los dogmas, es madre de Dios (siglo IV), es virgen perpetua (antes, durante y

después del parto, siglo VI), no tiene pecado original (siglo XIX) y subió al cielo en cuerpo y alma (siglo XX). Proclama también la Iglesia católica otras cuatro «verdades fundamentales»: es correudentora, es reina, es madre espiritual de los creyentes y es medianera de todas las gracias. Como si no bastara, da por ciertas algunas de sus «apariciones» en cuevas, arbustos, mares y nubes...

De todos los ropajes con los que concilios, teólogos y pontífices han revestido a Maryam, el dogma que ha arraigado más en el imaginario popular es el de la virginidad, que mucha gente suele confundir con el de la concepción inmaculada, entendiéndolo como que Jesús fue concebido «inmaculadamente», es decir, sin la «suciedad» de una relación sexual.

Hay dogmas de fe, impuestos como creencias que deben ser aceptados sin discusión y bajo pena de excomunión y de infierno, que pueden tener consecuencias dañinas, especialmente en quienes en la sociedad no han sido enseñados a pensar con su propia cabeza y a dudar. ¿No podría ser un ejemplo la teología de la redención? Porque quienes han sido enseñados a creer que fuimos salvados por dolor y sangre, con frecuencia acaban pensando que nos salvamos sufriendo, aguantando pacientemente las «cruces» que Dios nos manda, sean las injusticias de un patrón explotador, el desgobierno de un dictador, el maltrato de un marido abusivo o cualquier otro agravio...

¿Podrá también tener consecuencias negativas el dogma de la virginidad de María? A partir del texto simbólico del ángel que le anuncia su embarazo, interpretado como un hecho real, y a partir del texto mítico del Génesis sobre el pecado de Eva, interpretado como un hecho histórico y fundamento de toda la dogmática, se ha ido construyendo, siglo a siglo, hasta nuestros días, uno de los imaginarios religiosos más contradictorios sobre «la Mujer».

¿No hemos escuchado una y otra vez que la mujer ideal fue la sumisa, la que por ser virgen fue

elegida madre de Dios? ¿Y que la mujer proscrita es la rebelde, la que pecando abrió las puertas del mal en el mundo, la madre de todos los humanos? De un modo o de otro, dicho o no dicho, entre María y Eva hemos sido colocadas todas las mujeres.

La María simbólica, la «esclava del Señor», se nos presenta a las mujeres como un modelo a imitar, aunque siempre inalcanzable porque ninguna mujer llega a ser madre siendo virgen. La Eva mítica se nos presenta como una alerta roja, advirtiéndonos que las mujeres somos frágiles, débiles, inclinadas a tentar y susceptibles de ser tentadas...

¿No resultará dañino el dogma de la virginidad de María, al presentar la virginidad como el valor que en las mujeres más agrada a Dios? ¿Será sano presentar la virginidad como un valor superior al sano y alegre disfrute de la sexualidad? ¿Será positivo presentar la pasividad y sumisión con que María acepta lo extraño de su embarazo, como virtudes que deben adornar a todas las mujeres?

A todos, mujeres y también hombres, el dogma de la virginidad de María, incrustado en las conciencias, nos puede sugerir una idea dañina: el desprecio de la sexualidad, especialmente de la femenina. San Agustín, que 17 siglos después de sus escritos tanto sigue influyendo en la teología, anudó estas tres ideas: lo pecaminoso del sexo, el nacimiento virginal de Jesús y la superioridad de la virginidad sobre la vida sexual.

El edificio dogmático está construido de tal forma que cualquier piedra que se coloque necesita apoyarse en otra. El dogma de la virginidad de María tiene mucho que ver con los dogmas con que fue revestido Jesús de Nazaret hasta convertirlo en Cristo. Su origen extraordinario, el hijo de un dios concebido humano en el seno de una virgen, llevó a hacer también dogma que en el parto María había conservado su virginidad y que después del nacimiento de Jesús jamás habría tenido relaciones sexuales. Algunos teólogos obsesionados por la virginidad, predicaron que la madre de María también había sido virgen. Y otros consideraron nacimientos virginales en cadena desde la cuarta generación previa a Jesús. Toda esta especulación para «asegurar» la divinidad de Jesús, basándola en la idea de

que el cuerpo y la sexualidad no son ni divinos ni sagrados.

No hay ninguna religión que ignore el significado del cuerpo. Todas tienden a normar las dos principales funciones de nuestros cuerpos: la alimentación y la sexualidad. Por ser un impulso tan vital, la moral sexual ha ocupado un lugar central en todas las religiones. En las religiones ancestrales de la humanidad abundaron los ritos que bendecían la fertilidad y el principio sexual femenino como símbolo divino y sagrado. Pero con el avance de las religiones patriarcales, de las que derivan todas las religiones actuales, la sexualidad femenina fue censurada con una severidad nunca aplicada a la de los hombres.

¿No son estas ideas malsanas ajenas al mensaje de Jesús? Jesús confió en las mujeres y las integró a su grupo y nunca habló de nada parecido a una «moral sexual». Todo esto echó raíces en la teología posterior, acentuando una visión negativa de la sexualidad. La relación sexual dejó de ser un placer sagrado, maravillosa vía de comunicación humana, una metáfora del amor de Dios, para convertirse en algo sucio, negativo, degradante.

Uno de los orígenes de este daño está en el dogma de la virginidad de María. ¿No podremos revisarlo? Para empezar a cambiar de mentalidad, llamémosla por su nombre, María de Nazaret, Maryam, mucho mejor que «la Virgen».

Ella fue la madre de Jesús. No sabremos nunca quién engendró a Jesús. Ella lo parió con los dolores con los que todas las mujeres dan a luz. Y tuvo otros hijos. Los evangelios mencionan a sus hermanos y hablan de “sus hermanas”. Mateo nos da los nombres de los cuatro hermanos de Jesús.

Dios te salve, Maryam, llena eres de gracia, naciste como todas nosotras, te embarazaste como nos embarazamos nosotras, pariste como todas nosotras y moriste como moriremos todas. Bendita tú entre las mujeres, no sólo por haber sido su madre, sino porque estás ahí, al comienzo del movimiento de Jesús, forjadora, inspiradora y pionera, junto a otras mujeres, de aquella primera comunidad que empezó a construir el Reino de Dios.